

## DE CÚCUTA A NIQUITAO: LA MANCHA DE EL QUIJOTE AMERICANO

Nelson Pineda Prada<sup>1</sup>

### Resumen

La Campaña Admirable es el tránsito que Bolívar realiza en 1813 para lograr la recuperación de Venezuela del poder realista. Convencido estaba que ello era posible si se tenía como objetivo la toma de Caracas, lo cual le imprimió a su estrategia un sello centralista; en ello se diferenció de Mariño y Bermúdez, quienes se planteaban la emancipación de nuestra patria a partir de la liberación de la región oriental. Con extremada perseverancia Bolívar sostuvo ante el alto mando militar neogranadino la idea

de conformar un ejército que partiendo de Cúcuta se adentrara al occidente venezolano con miras a alcanzar el supremo objetivo político de lograr la emancipación de Venezuela. Ese tránsito de Cúcuta a Niquitao, es la esencia del presente esfuerzo.

“Bastó que muriera para que todos los odios se convirtieran en veneración, todas las calumnias en plegarias, todos sus hechos en leyendas. Muerto, ya no era un hombre sino un símbolo. La América Latina se apresuró a convertir en mármol aquella carne demasiado ardiente, y desde entonces no hubo plaza que no estuviera centrada por su imagen, civil y pensativa, o por su efigie ecuestre, alta sobre los Andes. Por fin en el mármol se resolvía lo que en la carne pareció siempre a punto de ocurrir: que el hombre y el caballo se fundieran en una sola cosa. Aquella existencia, breve como un meteoro, había iluminado el cielo de su tierra y lo había llenado no sólo de sobresaltos, sino de sueños prodigiosos”.<sup>2</sup>

1 Nelson Pineda Prada (Valera, 1952). Licenciado en Historia, Mención Historia de América (ULA, 1977); Magister en Historia Económica y Social de Venezuela, Distinción Suma Cum Laude (USM, 1983); Doctor en Estudios del Desarrollo (CENDES-UCV, 1999). Durante los años 2000 al 2010, fue Embajador de la República Bolivariana de Venezuela en la República de Paraguay, Organización de Estados Americanos y Costa Rica. Ha publicado: *El Trujillo de Ponchos y Lagartijos 1870-1899* (1987), *Petróleo y Populismo en la Venezuela del siglo XX* (1992), *El Ocaso del Minotauro o la declinación de la Hegemonía Populista en Venezuela* (2000) y *Más allá de Minotauro: la construcción de la Venezuela Socialista*. Como coautor: *Sociología y Política: enfoque latinoamericano* (1997), *Globalización y desigualdad en América Latina* (2000), *Democracia, Pobreza y Desigualdad en América Latina y el Caribe* (2006), *Capitalismo y Revolución Bolivariana en Venezuela* (2010). Conferencista en universidades nacionales y extranjeras. Profesor Titular Jubilado, adscrito al Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales (IIES), de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad de Los Andes.

### El exilio como destino

Dicen, quienes lo vieron caminar por las empedradas calles de “la Sultana del Ávila”, que andaba triste, a paso lento, como si todo lo hubiera perdido. Cuentan, quienes lo conocieron desde niño,

2 William Ospina, *En busca de Bolívar*.

que ni cuando la partida de sus padres, ni cuando María Teresa se le marchó, se le vio en igual situación. No era para menos. Había recibido de manos de Domingo de Monteverde el pasaporte para que se marchara de la Patria, de su amada Patria, a la que tanto soñaba ver libre. La Venezuela que tantos infortunios le habían deparado, pero que, de igual manera, le había dado enormes satisfacciones desde niño, en sus correrías infantiles entre los cacaotales barloventeos y que, según afirman los habitantes de Capaya, fue allí donde por vez primera vio la luz de la luna y sintió el calor de los rayos del sol. Nada podía deprimirlo más que el destierro, jamás imaginó la posibilidad de sentirse un desarraigado, ya que el sentido de pertenencia estaba muy internalizado en él.

Simón Bolívar, a diferencia del trahumante Hidalgo Caballero de La Mancha no contó con un escudero, no tuvo su "rocinante", ni siquiera había nacido su "palomo" que tantas buenaventuras había de depararle, en su peregrinar por las escarpadas laderas de Los Andes suramericanos. El 12 de agosto de 1812, se subió al velero "Jesús, María y José", y emprendió su exilio rumbo a Curazao. Dos lágrimas brotaron de sus ojos y recorrieron sus mejillas, cuando oyó que el Capitán de la nave ordeno alzar velas y ésta se hizo a la mar. Conteniendo su inmenso dolor por la derrota sufrida, recordó su juramento en el Monte Sacro en 1805, en voz baja, se lo repitió una y otra vez, buscó en él las fuerzas que le demostraran que no todo estaba perdido; recordó, igualmente, su encendido discurso de aquel 4 de julio de 1811, en la Sociedad Patriótica, en el cual se preguntó y le preguntó a los demás miembros, si más de trescientos años de dominación imperial no bastaban

para emprender la lucha por la emancipación de la patria. Con la capitulación de Miranda, se había perdido la Primera República, los sueños se vinieron abajo. Simón Bolívar, por mucho dolor que sintiera ante aquel hecho, no se dio por vencido. Como buen "trotamundos", se planteó la posibilidad de regresar a la Europa de sus recuerdos; sin embargo, su pensamiento y su corazón estaban "agujoneados" por la derrota sufrida, en su meditación no se planteaba otra cosa sino la recuperación de la Caracas de sus tormentos. Empresa que se le presentaba difícil, pero no imposible. Fue entonces, cuando en alta mar, miro a su espalda y se dijo: ¡la Nueva Granada, sí, la Nueva Granada! Y, a su llegada a Curazao, sin pensarlo dos veces, se fue a Cartagena de Indias.

### El Manifiesto de Cartagena

El 15 de diciembre de 1812, Bolívar da a conocer su: Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño, proclama conocida como el Manifiesto de Cartagena. En ella, hace un análisis pormenorizado de las causas que determinaron la pérdida de la Primera República en su amada Patria; a la vez que, invita a los neogranadinos a evitar que ellos corrieran la misma suerte de Venezuela.

Convencidos de que dicho manifiesto constituye el primer documento en el cual Bolívar expone, de manera clara y precisa, sus pareceres acerca de lo que habría de ser el proceso independentista de América, consideramos que bien vale la pena detenernos en algunas ideas expuestas en él.

Inicia Bolívar su memoria solicitando a los neogranadinos que le permitan dirigirse a ellos, "para indicaros ligera-

mente las causas que condujeron a Venezuela a su destrucción; lisonjeándome que las terribles, y ejemplares lecciones que ha dado aquella extinguida República, persuadan a la América, a mejorar de conducta, corrigiendo los vicios de unidad, solidez y energía que se notan en sus gobiernos”.

Por lo que, los pueblos de América deberían definir el tipo de gobierno que habrían de darse, lo cual constituía un prerequisite fundamental para alcanzar la unidad de los sectores independentistas. En tal sentido, la adopción que hizo la naciente República de Venezuela de un sistema político, caracterizado por la excesiva tolerancia, el cual era “débil e ineficaz”, constituyó una clara demostración de la adopción de un “humanismo mal entendido”, lo cual fue posible ya que “tuvimos filósofos por jefes; filantropía por legislación, dialéctica por táctica, y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de cosas, el orden social se resintió extremadamente conmovido, y desde luego corrió el Estado a pasos agigantados a una disolución universal, que bien pronto se vio realizada”. Y, luego afirma que: “De aquí nació la impunidad de los delitos de Estado cometidos descaradamente por los descontentos, y particularmente por nuestros natos e implacables enemigos, los españoles europeos, que maliciosamente se habían quedado en nuestro país para tenerlo incesantemente inquieto y promover cuantas conjuraciones les permitían formar nuestros jueces perdonándolos siempre, aun cuando sus atentados eran tan enormes que se dirigían contra la salud pública... Al abrigo de esta piadosa doctrina, a cada conspiración sucedía un perdón, y a cada perdón sucedía otra

conspiración que se volvía a perdonar, porque los gobiernos liberales deben distinguirse por la clemencia. ¡Clemencia criminal que contribuyó más que nada a derribar la máquina que todavía no habíamos enteramente concluido!”. Visión política que - a nuestro entender- impidió definir con claridad las razones que determinaban la necesidad de romper los vínculos que nos ataban, al decadente poder imperial español.

No se quiso entender que la posibilidad de consolidar la naciente República, estaba determinada por la conformación de un gobierno sólido, fuerte; que la independencia, más que una separación era una ruptura, era la emancipación de un pueblo para construir su propio destino. Y, ello, donde más nos golpeo fue en el impedimento para la conformación de un ejército nacional que fuese capaz de defender los logros alcanzados y avanzar en la construcción de la Patria. Al respecto, Bolívar señaló en el Manifiesto de Cartagena que: “Las repúblicas -decían nuestros estadistas- no han menester de hombres pagados para mantener su libertad. Todos los ciudadanos serán soldados cuando nos ataque el enemigo... Con estos antipolíticos e inexactos raciocinios, fascinaban a los simples, pero no convencían a los prudentes, que conocían bien la inmensa diferencia que hay entre los pueblos, los tiempos, y las costumbres de aquellas repúblicas y las nuestras”, haciendo referencia a algunas naciones europeas.

Visión que nos costó la Primera República, ya que: “El resultado probó severamente a Venezuela el error de su cálculo, pues los milicianos que salieron al encuentro del enemigo, ignorando hasta el manejo del arma, y no estando habituados a la disciplina y obediencia,

fueron arrollados al comenzar la última campaña, a pesar de los heroicos y extraordinarios esfuerzos que hicieron sus jefes, por llevarlos a la victoria. Lo que causó un desaliento general en soldados y oficiales; porque es una verdad militar que sólo ejércitos aguerridos son capaces de sobreponerse a los primeros infaustos sucesos de una campaña. EL soldado bisoño lo cree todo perdido, desde que es derrotado una vez; porque la experiencia no le ha probado que el valor, la habilidad y la constancia corrigen la mala fortuna”.

Error que, unido al sistema político federal que se adoptó, constituyeron las causas fundamentales de la pérdida de la Primera República. Al respecto, Bolívar señala que: “El sistema federal bien que sea el más perfecto y más capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad es, no obstante, el más opuesto a los intereses de nuestros nacientes Estados. Generalmente hablando, todavía nuestros conciudadanos no se hallan en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos; porque carecen de las virtudes políticas que caracterizan al verdadero republicano: virtudes que no se adquieren en los gobiernos absolutos, en donde se desconocen los derechos y los deberes del ciudadano.

Por otra parte ¿qué país del mundo por morigerado y republicano que sea, podrá, en medio de las facciones intestinas y de una guerra exterior, regirse por un gobierno tan complicado y débil como el federal? No, no es posible conservarlo en el tumulto de los combates y de los partidos. Es preciso que el gobierno se identifique, por decirlo así, al carácter de las circunstancias, de los tiempos y de los hombres que lo rodean. Si éstos son prósperos y serenos, él debe ser dulce y protector; pero si son calami-

tosos y turbulentos, él debe mostrarse terrible, y armarse de una firmeza igual a los peligros, sin atender a leyes ni constituciones, ínterin no se restablecen la felicidad y la paz”.

Y esa era la realidad política de la Venezuela de entonces. Conocerla e interpretarla con el propósito de formular un modelo de nación, correspondiente con la misma, era el reto que se tenía. Por ello, Bolívar dijo: “Yo soy de sentir que mientras no centralicemos nuestros gobiernos americanos, los enemigos obtendrán las más completas ventajas; seremos indefectiblemente envueltos en los horrores de las disensiones civiles, y conquistados vilipendiosamente por ese puñado de bandidos que infestan nuestras comarcas”. Como puede verse, fueron razones políticas las que dieron al traste con la Primera República.

Por lo que, “entre las causas que han producido la caída de Venezuela, debe colocarse en primer lugar la naturaleza de su Constitución; que repito, era tan contraria a sus intereses, como favorable a los de sus contrarios. En segundo, el espíritu de misantropía que se apoderó de nuestros gobernantes. Tercero, la oposición al establecimiento de un cuerpo militar que salvase la República y repeliese los choques que le daban los españoles. Cuarto, el terremoto acompañado del fanatismo que logró sacar de este fenómeno los más importantes resultados; y últimamente, las facciones internas que en realidad fueron el mortal veneno que hicieron descender la patria al sepulcro”.

Razones estas que nos llevan a afirmar que El Manifiesto de Cartagena, debe ser considerado como el primer documento en el cual se plasma una concepción de la independencia que la coloca como un proceso de transforma-

ción radical, le otorga un carácter emancipador; por lo que, para alcanzar dicho objetivo, la dimensión militar adquiere un lugar de primer orden; éste tiene que ser percibido, junto a la visión política del proceso, como parte fundamental de la estrategia trazada para alcanzarla. A la estrategia militar se le dota, entonces, de un alto contenido político; y a la filosofía política de la independencia, se le incorpora el elemento militar como un momento práctico a través del cual se haga posible alcanzar dicho objetivo.

Pues bien, Bolívar en El Manifiesto de Cartagena plasmó una nueva visión de la independencia. La concibió como un proceso, a partir del cual debería comenzar a fraguarse un proyecto de nación. Al estudiar y analizar los sucesos precedentes del 19 de abril de 1810 y del 5 de julio de 1811, que condujeron a la deposición de Vicente Emparan como Capitán General, a la conformación de la Junta Suprema Conservadora de los Derechos de Fernando VII, a la formulación del primer texto constitucional y, por ende, al establecimiento de la Primera República, se planteó la necesidad de construir una nueva visión sobre la independencia; por lo que, las ideas plasmadas en El Manifiesto de Cartagena son el resultado de una reflexión dialéctica sobre las alternativas que se habían planteado con antelación, lo cual lo lleva a concebir la lucha por la independencia como un proceso emancipador, de construcción de la identidad americana y de la Patria Grande, Nueva América.

#### **La Batalla de Cúcuta**

A Simón Bolívar el pasado militar reciente no le había sido favorable. Derrotado en Puerto Cabello, por las

tropas monárquicas, quienes recuperaron el control de la Capitanía General de Venezuela, dejaba una enorme sombra sobre su capacidad y experiencia militar. Innumerables dudas se habían apoderado del alto mando militar neogranadino. Cartagena, a pesar de mantenerse en manos de los patriotas, sentía el acecho de Santa Marta, controlada por las tropas realistas. Manuel Rodríguez Torices, Jefe del Poder Ejecutivo de la Provincia, carecía de un equipo político y militar que le brindase un sólido apoyo. El francés Pierre Labatut quien, al decir de Indalecio Liévano Aguirre, fue traído a América por el Generalísimo Francisco de Miranda, se había convertido en el principal oponente a Bolívar; a tal punto llegó su animadversión contra el hijo de Caracas que, ante la decisión del Gobierno Provincial de incorporar a los venezolanos a las tropas neogranadinas, relegó a Simón Bolívar a un papel de muy poca importancia, enviándolo para el “pueblito de Barrancas”. Pero Bolívar, terco como El Quijote, hizo del infortunio una oportunidad; hizo del destino una arcilla con la cual modeló su “aventura” político-militar. Antes de partir a Barrancas pronunció su “Manifiesto de Cartagena”: “La Nueva Granada ha visto sucumbir a Venezuela, por consiguiente, debe evitar los escollos que han destrozado a aquella. A este efecto presento como una medida indispensable para la seguridad de la Nueva Granada la reconquista de Caracas. A primera vista parecerá este proyecto inconducente, costoso y quizás impracticable; pero examinándolo atentamente con ojos previsivos y una meditación profunda, es imposible desconocer su necesidad, como dejar de ponerlo en ejecución probada su utilidad... Corramos a romper las cadenas de aquellas victi-

mas que gimen en la mazmorra, siempre esperando su salvación de vosotros: no burléis su confianza: no seáis insensibles a los lamentos de vuestros hermanos; id veloces a vengar el muerto, a dar vida al moribundo, soltura al oprimido y libertad a todos”.

No le resultó fácil convencerlos de la pertinencia de la “aventura” que les proponía: avanzar desde la Nueva Granada hacia territorio venezolano para recuperar la independencia de su amada patria, proponiéndose la toma de Caracas como el objetivo fundamental de la misma, no era poca cosa. La costa oriental del río Magdalena fue el escenario en donde el Coronel Bolívar se inauguró como aquilatado estratega militar. Tenerife, Mompo y Cúcuta serán algunos de los campos de batalla que lo verán pelear contra las tropas monárquicas, en aras de lograr la emancipación de la Nueva Granada. En todas ellas resultó victorioso. Sin embargo, nuevas batallas habría de enfrentar en un campo muy distinto al bélico.

Bolívar derrotó al General español Ramón Correa, el 28 de febrero de 1813 en la Batalla de Cúcuta, con la cual se alcanzó la independencia de esta ciudad y, por ende, de buena parte de la región oriental de la Nueva Granada, con un ejército numéricamente muy inferior al de las tropas realistas, demostrando (y demostrándose) con la misma que las batallas, en una guerra, no es sólo el enfrentamiento militar, sino que estas son -antes que todo- un enfrentamiento político, que lo político es lo que le da razón y la explica, por lo que una correcta estrategia militar siempre debe estar precedida de un objetivo político.

En 1813, el pensamiento de Bolívar no era ocupado por otra idea que no fuera la de imaginar cómo lograr la

recuperación de Venezuela, del poder realista. Convencido estaba que ello era posible si se tenía como objetivo la toma de Caracas, lo cual le imprimió a su estrategia un sello centralista; en ello se diferenció de Mariño y Bermúdez, quienes se planteaban la emancipación de nuestra patria a partir de la liberación de la región oriental. Con extremada perseverancia Bolívar sostuvo ante el alto mando militar neogranadino la idea de conformar un ejército que partiendo de Cúcuta se adentrara al occidente venezolano con miras a alcanzar el supremo objetivo político de lograr la emancipación de Venezuela. A pesar de que la intriga se había apoderado de algunos de los máximos jerarcas de la causa independentista neogranadina, logró su cometido. Alcanzada la emancipación de ésta importante ciudad neogranadina, a las autoridades de la futura Colombia hubo de parecerles pertinente el proyecto bolivariano. He allí la importancia que tuvo la Batalla de Cúcuta para la estrategia político-militar de Simón Bolívar.

La oportunidad no pudo haber sido mejor. Bolívar había sido informado de que las tropas realistas de Monteverde, al mando del coronel Ramón Correa, avanzaban sin mayores obstáculos hacia la frontera con la Nueva Granada. Oportunidad que pudo aprovechar al máximo ya que, a diferencia de la visión táctica presente en los jefes militares republicanos neogranadinos de actuar a la defensiva, Bolívar muy por el contrario diseñó un plan de ataque conjunto sobre Cúcuta; para él, las tropas al mando de Correa eran una avanzada de las tropas de Monteverde; por lo que, infringirle una aplastante derrota en Cúcuta habría de permitir el avance de las tropas a su

mando hacia el territorio venezolano. Y así fue.

Luego de su victoria en la Batalla de Cúcuta, las intrigas y falsas acusaciones que habían hecho contra Bolívar algunos de los jefes militares neogranadinos comenzaron a disiparse. El Congreso hubo de nombrarlo ciudadano de la Nueva Granada y Brigadier General del Ejército de la Unión. A partir de entonces, el camino hacia su noble esfuerzo de lograr la emancipación de su adorada Venezuela, se le presentaba más cercano. El 7 de mayo de ese mismo año recibió la autorización para avanzar sobre territorio venezolano para liberar las provincias de Mérida y Trujillo, no era todo lo que anhelaba pero era la única oportunidad para colocarse su armadura y cual Quijote andante por las tierras de Extremadura, adentrarse hacia el territorio de su patria y dar fiel cumplimiento a su mayor, a su único objetivo, liberarla del yugo español.

Ante los setecientos hombres que el Congreso neogranadino había aprobado le acompañaran, acantonados en San Antonio, ciudad venezolana fronteriza de Cúcuta, leyó su proclama en la cual les dijo:

“Vuestras armas liberadoras han venido hasta Venezuela, que ve respirar ya una de sus villas al abrigo de vuestra generosa protección. En menos de dos meses habéis terminado dos campañas y habéis comenzado una tercera, que empieza aquí y debe concluir en el país que me dio la vida. Yo he tenido la honra de combatir a vuestro lado, conozco los sentimientos magnánimos que os animan a favor de vuestros hermanos esclavizados, a quienes pueden únicamente

dar salud, vida y libertad vuestros temibles brazos y vuestros pechos aguerridos. El solo brillo de vuestras armas invictas hará desaparecer en los campos de Venezuela, las bandas españolas, como se disipan las tinieblas delante de los rayos del sol.

¡La América entera espera su libertad y salvación de vosotros, imperterritos soldados de Cartagena y de la Unión! No, su confianza no es vana y Venezuela bien pronto verá clavar vuestros estandartes en las fortalezas de Puerto Cabello y La Guaira.

Corred a colmaros de gloria adquiriendo el sublime renombre de Libertadores de Venezuela”.

### **Lo histórico de la Campaña Admirable**

Michel Foucault afirmó que: “Fue teniendo en cuenta que se acostumbraba narrar la historia de las tradiciones y las innovaciones, de lo viejo y de lo nuevo, de lo muerto y lo vivo, de lo cerrado y lo abierto, de lo estático y lo dinámico, que yo aprendí la tarea de relatar la historia de la perfecta diferencia; más precisamente, la historia de las ideas como suma total de las formas descriptivas de la no identidad...”; afirmación que conserva su pertinencia en el estudio de los hechos históricos, en éste tiempo. Y es que, la Historia la concebimos como un proceso complejo, que forma parte de un complejo de procesos, lo que nos distancia de quienes la conciben a partir de principios absolutos, desde una perspectiva adánica. Recordamos a Edward Carr cuando afirmó que, “la función del historiador no es ni amar el pasado

ni emanciparse de él, sino dominarlo y comprenderlo como clave para la comprensión del presente"; por ello, decimos que la Historia no es una acumulación u ordenamiento cronológico de los hechos del pasado, que no puede ser concebida como una operación algebraica de datos; sino que, es un proceso de análisis de los mismos con el propósito de encontrar en ellos la explicación necesaria y lógica del presente, ya que de lo que se trata "no es de hacer revivir el pasado, sino comprenderlo", como lo dijera Pierre Vilar.

Estas reflexiones, sobre el sentido y el objeto de la Historia, vienen al caso por el hecho de que la Campaña Admirable de 1813, capitaneada por el Libertador Simón Bolívar, que tenía como propósito restablecer la República de Venezuela como nación independiente, fue un proceso que, para ser comprendido, debe ser estudiado de manera integral, como un hecho histórico multidimensional, alejado de la concepción reduccionista que resalta el valor heroico por sobre el contenido social, económico, político y cultural que la misma tuvo. Y, no es que lo heroico no esté presente en ella, no podemos olvidar que Bolívar forjó su fuerza de combatiente en los campos de batalla, sino que no es lo determinante, lo fundamental de ella, como lo quiso hacer creer una cierta "escuela" historiográfica. Y es que, como lo dice Miguel Acosta Saignes, en su obra, Bolívar: acción y utopía del hombre de las dificultades: "Su gran aducción comenzó en 1813, no solo en la política, sino en el planeamiento de la economía para la pelea, dentro de las condiciones de producción y de la propiedad existentes, en el inicio de un ejército y en el manejo de incentivos e ideales patrióticos para cuyo logro manejo toda clase de arbi-

trios, entre ellos el Decreto de Guerra a Muerte. Muchos historiadores han narrado la Campaña Admirable como si se hubiese tratado de triunfos logrados por un ejército maduro, estable, unitario. Bolívar y los jefes que lo acompañaron supieron, desde las regiones andinas, las dificultades iniciales y previeron otras. No se trataba aquí de guiar un conjunto de veteranos, con madura preparación".

La Campaña Admirable fue un hecho histórico, ocurrido en el marco de la crisis de la sociedad venezolana colonial implantada, por lo que, historiarla supone concebirla como un hecho social complejo, que forma parte de un proceso sociohistórico, cuya ocurrencia tuvo lugar en un tiempo y un espacio determinado.

#### **La Campaña Admirable y el pensamiento bolivariano.**

Si bien es cierto que el Juramento en el Monte Sacro en 1805 y el Discurso del 4 de julio de 1811 en la Sociedad Patriótica, nos revelan un Simón Bolívar visionario, soñador y utopista, no hay duda de que en su Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño, del 15 de diciembre de 1812, se nos presenta como un pensador que ha logrado establecer una profunda y hermosa simbiosis entre los latidos de su corazón y sus neuronas cerebrales. Kaldone Nweihed, en su obra, Bolívar y el tercer Mundo, nos dice que: "La vida y obra de Simón Bolívar combinan ambos aspectos: en ella está el Prometeo que en Roma jurara hacer caer un imperio y que no se detuvo hasta lograrlo, y en ella está el viajero a Palmira que, contemplando las ruinas desde Bogotá -ya no Angostura-, confiesa cansado que "ardua y grande es la obra de construir un pueblo,



que sale de la opresión por medio de la anarquía y de la guerra civil, sin estar preparado previamente para recibir la saludable reforma a que aspiraba'...".

La importancia del "Manifiesto de Cartagena de Indias", ha sido reconocida por Elías Pino Iturrieta, para quien, éste es el: "Primer documento político de trascendencia que sale de la pluma de un soldado poco conocido que carga el peso del fracaso en los campos de batalla, su importancia es ineludible para la explicación de la historia posterior. Hace una crítica contundente de los años recientes, de la administración llevada a cabo por los padres fundadores, para sugerir una metamorfosis radical mediante la cual se logre la eliminación de los realistas y el establecimiento de una república duradera"; ha dicho que en él Bolívar "se distancia del proyecto fundacional para proponer un golpe de timón", para plasmar, decimos nosotros, una nueva visión, una nueva forma de concebir la lucha por la independencia y el establecimiento de la Patria.

En el referido documento, Bolívar se nos revela como un ideólogo. Revelación que adquirirá cada vez mayor profundidad conceptual, la cual constatamos al revisar su Discurso a los Soldados en San Antonio del Táchira, el 7 de mayo de 1813, ante los cuales afirmó: "...¡La América entera espera su libertad y salvación de vosotros, impertérritos soldados de Cartagena y de la Unión! No, su confianza no es vana y Venezuela bien pronto verá clavar vuestros estandartes en las fortalezas de Puerto Cabello y La Guaira. Corred a colmaros de gloria adquiriendo el sublime renombre de Libertadores de Venezuela".

En el Decreto de Guerra a Muerte, firmado en Trujillo el 15 de junio del mismo año, se lee: "Nosotros somos

enviados a destruir a los españoles a proteger a los americanos, y a restablecer los Gobiernos Republicanos que formaban la Confederación de Venezuela...; porque nuestra misión, sólo se dirige a romper las cadenas de la servidumbre, que agobian todavía a algunos de nuestros pueblos, sin pretender dar leyes, ni ejercer actos de dominio, a que el derecho de la guerra podría autorizarnos". Y, más adelante dice: "..., la justicia exige la vindicta, y la necesidad nos obliga a tomarla. Que desaparezcan para siempre del suelo colombiano los monstruos que lo infestan y han cubierto de sangre: que su escarmiento sea igual a la enormidad de su perfidia, para lavar de este modo la mancha de nuestra ignominia, y mostrar a las naciones del Universo, que no se ofende impunemente a los hijos de América"; conducta que recibe una última oportunidad cuando se "les invita a vivir pacíficamente entre nosotros, si detestando sus crímenes, y convirtiéndose de buena fe, cooperan con nosotros a la destrucción del Gobierno intruso de España, y al restablecimiento de la República de Venezuela", de allí el indulto y el perdón, de lo contrario: "Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América...".

El Coronel Atanasio Girardot había derrotado el 21 de junio en Carache al Comandante realista Manuel Cañas, al día siguiente vuelve a derrotarlo en Agua de Obispos, ante estos triunfos el Libertador Simón Bolívar lanza -el mismo día 22- la Proclama de Carache. En ella dice: "Carache, el infame pueblo de Carache, ha sido castigado y libertado a la vez. Sus habitantes rebeldes han muerto, o son vuestros prisioneros, y los otros que se han acogido bajo vuestra

protección, gozan ya del abrigo de las leyes republicanas del estado de Trujillo, que tan gloriosamente habéis redimido. Pero nuevos trofeos nos esperan en los campos de Barinas, y de Caracas: volemos a cubrirnos con la doble corona del laurel y del olivo, subyugando a nuestros enemigos y dando la libertad a nuestros hermanos”.

Y luego señala: “Vencedores de Carache, sabed que el pueblo que venís a rescatar es tan digno de vuestros heroicos sacrificios que todo él está lidiando por la libertad, o padeciendo por ella, hasta el sexo bello, las delicias del género humano, nuestras amazonas han combatido contra los tiranos de San Carlos, con un valor divino aunque sin suceso. Los monstruos y tigres de la España han colmado la medida de la cobardía de su nación, han dirigido las infames armas contra los cándidos y femeninos pechos de nuestras beldades: han derramado su sangre: han hecho expirar a muchas de ellas, y las han cargado de cadenas, porque concibieron el sublime designio de libertar a su adorada patria..., todo hombre será soldado puesto que las mujeres se han convertido en guerreras y cada soldado será un héroe, por salvar pueblos que prefieren la libertad a la vida. A nombre de mi patria, soldados, yo os congratulo, y os encarezco la gratitud que Venezuela os debe”.

#### **El legado militar de la campaña Admirable**

No hay duda que de aquel Bolívar derrotado en Puerto Cabello, nostálgico por su exilio, agredido en su honor al ser enviado al “pueblito de Barrancas”; el Bolívar que triunfa en Tenerife, Monpox y Cúcuta; el Bolívar que el Congreso de

la Nueva Granada hubo de designar como ciudadano de esa nación y Brigadier General de su Ejército al Simón Bolívar que el 7 de mayo de 1813, recibe la autorización del Congreso Neogranadino de avanzar sobre territorio venezolano para liberar las provincias de Mérida y Trujillo, era otro. En él se había producido una mutación como jefe militar. Cambio que estuvo precedido de una profunda reflexión sobre los errores cometidos en su patria y que condujeron a la pérdida de la Primera República.

Consciente estaba Bolívar de la debilidad numérica de su tropa, de la estrechez de sus provisiones de alimentación, de la insuficiencia de su parque militar, limitaciones que comprendió desde el mismo inicio de la Campaña Admirable, las cuales generaban enormes incertidumbres acerca de la pertinencia de la misma. Incertidumbres que llevaron al Coronel Manuel Castillo a considerarla como una locura. Bolívar comprendió que, frente a estos problemas, había que trazar una estrategia que permitiera que el Ejército Libertador avanzara hacia Caracas, en el menor tiempo posible.

Con la batalla de Cúcuta del 28 de febrero de 1813, Bolívar había demostrado que una guerra no son sólo batallas, el enfrentamiento militar, sino que estas son -antes que todo- un enfrentamiento político, por lo que el diseño de una correcta estrategia militar, está en función de alcanzar un objetivo político. Demostró que la mejor táctica no es actuar a la defensiva, por ello diseñó un plan de ataque conjunto, a partir de diversos frentes, evitando de esa manera convertir su ejército en un blanco fijo.

Avanzar hacia Caracas no habría de ser nada fácil, ya que como lo dice Miguel Acosta Saignes: “Los colonia-

listas practicaron durante el año 1813 el sistema de sublevar los esclavos de los sectores agrícolas, no solo para obtener nuevos soldados, pues obligaban a los esclavos que no deseaban incorporarse a los realistas, por todos los medios de fuerza posibles, sino que haciéndolo, desorganizaban la producción para el sector patriótico”; avance que no estuvo exento de problemas internos, ya que como se recordara, Bolívar fiel a la idea de establecimiento de un sistema político centralista, encontró a su paso por Barinas la oposición al mismo, de manera particular de Manuel Antonio Pulido gobernador de dicha provincia, quien se refugia en San Carlos una de las ciudades más importante de los llanos centrales y que al decir del autor precitado: “Se trataba de un centro importante dentro de la producción llanera, y de comunicación hacia occidente y hacia el sur, así como hacia los puertos de Maracaibo y Coro. Un producto fundamental cuyo manejo significaba grandes recursos monetarios, el tabaco, se producía con abundancia en Barinas. Por el río Santo Domingo se navegaba con productos de exportación hasta el Apure y el Orinoco”.

Como puede verse, los problemas no eran menores, obtener victorias en los campos de batalla frente al ejército realista, era muy importante; pero, obtener victorias como la unificación de los sectores republicanos, era algo de gran significación, los intereses económicos fueron la causa fundamental de su desunión. El mantuano, dueño de la hacienda de plantación cacaotera, tabacalera, algodónera, del ingenio azucarero, no cedía en su desmedida apetencia de enriquecimiento; la población mestiza, cada vez se empobrecía

más; los esclavos, cada vez tenían menos derechos, por lo que, la discusión entre gobierno centralista o federalista estaba determinada, más por razones económicas, que de carácter político en estricto sentido. Lo que motivaba al dueño de la hacienda de plantación era que, con el establecimiento de un sistema de gobierno confederado, el podía mantener su poder económico y hacerse del poder político.

### **Lo admirable de la Campaña Admirable**

El primer objetivo trazado por Bolívar para lograr la libertad de su amada Venezuela, ya había sido alcanzado con el apoyo brindado por el Congreso de la Nueva Granada, hecho histórico que nos permite afirmar que estamos en presencia de dos Bolívar. El Bolívar desterrado, visionario, cargado de grandes ilusiones, profundamente amoroso de la libertad de su patria; y el Bolívar reconquistador, más reflexivo, más denso en su pensamiento, más terrenal en su acción. En apenas diez meses, desde aquel 12 de agosto de 1812, día de su destierro, hasta el 7 de mayo de 1813, día de su retorno a suelo venezolano, Simón Bolívar se “doctoró” de político y militar. El Manifiesto de Cartagena de Indias, la Proclama leída a los soldados de la Unión en San Antonio, las victorias militares en la cuenca del Alto Magdalena y en la Batalla de Cúcuta, son fiel testimonio de esta afirmación. Y eso es admirable. Hizo de El Quijote americano un caballero andante que, a diferencia del de Extremadura de La Mancha, su “hermosa locura” tenía un norte muy preciso: la Libertad del pueblo americano. Y no existe principio más preciado que el de la Libertad.

Admirable porque como es sabido, toda guerra tiene como objetivo la toma del poder. Y nada hace más miserable al ser humano que el poder, cuando éste constituye un fin en sí mismo, cuando éste se anhela para provecho personal. Cuando se creía que el Coronel neogranadino Manuel Castillo había renunciado a sus mezquindades, envidia y mala intención en contra del Brigadier General Simón Bolívar, y por ende en contra de la libertad de Venezuela, a cada paso que daba el ejército libertador, afloraba su maledicencia; conducta que puede ser demostrada por la forma como actuó ante la orden dada por Bolívar de enfrentar a Correa en La Grita, batalla en la cual gracias al Sargento Mayor, Francisco de Paula Santander, hubo de obtenerse la victoria. Bolívar, en un gesto que lo enaltecía y evidenció su talento, reconoció el valor, el arrojo y la inteligencia del joven hijo de la Villa del Rosario de Cúcuta; situación ante la cual Castillo hubo de presentar su renuncia alegando que continuar con dicha campaña militar era una "locura". Pensó Castillo, de manera equivocada, que ante la misma y por no encontrarse Bolívar en La Grita, se produciría una desbandada de las tropas confederadas. No fue así. Bolívar designó a Santander como nuevo comandante, quien, con buen tino, supo conducir las hasta su retorno.

### **Bolívar en Trujillo**

El territorio hoy llamado Trujillo, desde su fundación y hasta el año 1786 estuvo adscrito a la Provincia de Venezuela. Año en que, por Real Cédula del Rey Carlos III, paso a formar parte, junto a los hoy estados Mérida, Táchira,

Barinas, Apure y Zulia, de la Provincia de Mérida del Espíritu Santo de Maracaibo (Provincia de Maracaibo), hasta el 9 de octubre de 1810, en que los trujillanos proclaman su independencia del imperio español. Luego de la pérdida de la Primera República, volverá a ser adscrito a la Provincia de Maracaibo. A pesar de éste hecho, en Trujillo la llama de la Independencia no se apago del todo, Vicente de la Torre, al decir de Don Mario Briceño Perozo, en su libro Don Juan de Trujillo, será, "uno de los audaces y valientes guerrilleros de la etapa que sigue a la caída de la república. Cuando muchos emigran, él se queda para preparar la resistencia. Le siguen un grupo de valerosos copartidarios, entre estos, su hija Barbarita, símbolo de la mujer trujillana incorporada a la causa de la Independencia".

El 14 de junio de 1813 llega a tierras trujillanas el Libertador Simón Bolívar. Del mayor agrado hubiese sido para él "Quijote Americano", encontrarse con Antonio Nicolás Briceño, el "Diablo Briceño", como se le llamó desde su adolescencia, pero el Prócer trujillano había sido hecho prisionero y, precisamente, ese mismo día, un Tribunal Militar Realista emitía la decisión de fusilarlo.

Consciente estaba el Libertador de que con la toma de Trujillo se alcanzaba un nuevo triunfo militar, sin embargo, lo seguía abrumando la inferioridad numérica del Ejército Libertador; pero, con mucha más fuerza, lo atormentaban las carencias económicas para sostenerlo. Consciente estaba de que, en la medida en que se adentrara al territorio hoy venezolano, mayor sería el cúmulo de necesidades que se le presentarían: el parque que el gobierno de la Nueva Granada le había entregado, se le agotaba;

el número de heridos como resultado de las batallas libradas, cada vez era mayor; el Ejército Libertador crecía, por lo que el "rancho" y los sueldos de los soldados aumentaban. Hombres, dinero, armas y comida eran necesidades que había que resolver. Táchira, Mérida y Trujillo eran pueblos pobres, con una economía básicamente de subsistencia, por lo que, el "mantuanaje andino" era muy poco lo que podía aportar para aliviar esas penurias.

Simón Bolívar, quien al recibir de parte del pueblo merideño aquel 23 de mayo de 1813, el título de Libertador, dijo: "...superior a todos los que ha recibido el orgullo humano;...más glorioso y satisfactorio que el cetro de todos los imperios de la tierra", tenía que hacer honor a tan digna distinción.

Y es que, El Libertador Simón Bolívar, al decir de Don Miguel de Unamuno: "era un hombre que hacía la guerra para fundar la única paz duradera y valedera, la paz de la libertad". José Ramón Medina, Ilustre poeta venezolano, dijo que: "Bolívar fue un ser iluminado e iluminante. Una fuerza creadora en ebullición permanente. Una voluntad que no sólo movió montañas sino que las transformó en pueblos libres". La poetisa chilena Gabriela Mistral, Premio Nobel en literatura, al enunciar su pasión bolivariana nos dice: "¿Quién no querría la mirada de Bolívar y reparársela en este momento? Las mujeres desearíamos que nos diera la que daba a Teresa de Toro; los muchachos le pedirían la que lamió la urna en que iba el corazón de Girardot; los generales, la que tenía en lo apretado de la batalla, cuando la derrota posible endurecía los ojos o se los enloquecía de dignidad; los viejos buscarían la de la meditación de

Jamaica, aplacada y melancólica. Todos querríamos mirarle, pero habría que saber a quién él querría mirar". José Martí, poeta y libertador del hermano pueblo cubano, nos entregó sus impresiones sobre el Libertador Simón Bolívar, al respecto dijo: "¿A dónde irá Bolívar? ¡Al respeto del mundo y a la ternura de los americanos! ¡A esta casa amorosa, donde cada hombre le debe el goce ardiente de sentirse como en brazos de los suyos en los de todo hijo de América, y cada mujer recuerda enamorada a aquel que se apeó siempre del caballo de la gloria para agradecer una corona o una flor a la hermosura! ¡A la justicia de los pueblos, que por el error posible de las formas, impacientes o personales, sabrán ver el empuje que con ellas mismas, como de mano potente de lava blanda, dio Bolívar a las ideas-madre de América! ¿A dónde irá Bolívar? ¡Al brazo de los hombres, para que defiendan de la nueva codicia y del terco espíritu viejo la tierra donde será más dichosa y bella la humanidad! ¡A los pueblos callados, como un beso de padre! ¡A los hombres del rincón y de lo transitorio, a las panzas aldeanas y los cómodos arpagones, para que, a la hoguera que fue aquella existencia, vean la hermandad indispensable al continente y los peligros y la grandeza del porvenir americano!...". Nuestro siempre vigente Don Mario Briceño Iragorry, en su obra *El Caballo de Ledesma*, nos dice: "Debemos ver a Bolívar no como difunto, sino como el héroe que renace para el triunfo permanente y cuya apoteosis ahoga la misma voz de la muerte. Debemos tenerle cerca para escuchar sus admoniciones y enseñanzas y así medir nuestro deber de hoy en el campo de la dignidad humana". Y, luego afirma: "Necesitamos su ejemplo permanente y

no su fama. La fama de Bolívar muerto no es nada ante el ejemplo creador de Bolívar vivo. De Bolívar caminando. De Bolívar trabajando por la dignidad de América. Por ello ni la espada ni el pensamiento de Bolívar es cosa muerta. Bolívar ni siquiera duerme cuando se trata de la vigencia de su obra. Mas la vigilia de Bolívar reclama, no nuestro deleite de suficiencia ante su gloria, sino la continuidad de nuestro esfuerzo por la Patria. Sirvamos a Bolívar vivo. Al Bolívar eterno, al Bolívar que supo insuflar en nuestra América el espíritu de la libertad y de la dignidad social. Así no sufrirá el dolor de hallar cercados los caminos que el abrió. ...”.

Ese era, y sigue siendo, Bolívar. Quien con absoluta claridad entendió que la lucha por la independencia y la emancipación de nuestra América, de la América mestiza, no tenía otro objetivo que alcanzar los derechos humanos para nuestros pueblos. Derechos humanos que se derivan de nuestra propia condición de ser un ser humano y no de algún tipo de propiedad.

El corazón se nos ensancha al infinito, cuando recordamos a nuestros más preclaros paisanos. Es verdad que somos tierra de sabios y santos, Rafael Rangel y José Gregorio Hernández constatan dicha afirmación. Pero, somos, sobre todo, tierra de libertadores. Herederos de Murachí, Jaruma y Pitijoc; de Sancho Briceño, Antonio Nicolás Briceño, Cruz Carrillo, Vicente de la Torre, Cristóbal Mendoza, Pedro Miguel Chipía, Manuel Gogorza, Andrés Linares, Pedro Fermín Briceño, Juan Indalecio Briceño, Domingo Briceño y Briceño, Barbarita de la Torre, para sólo nombrar algunos de nuestros egregios Próceres que lucharon al lado del Libertador Simón Bolívar.

Por las escarpadas laderas de Jajó, mirando la Teta de Niquitao, sigue cabalgando el Gral. Juan Bautista Araujo, el León de la Cordillera; El Doctor y General Rafael González Pacheco, en sus feudos de Santiago del Burrero, sigue preguntándose por qué en vez de cápsulas para máuseres le dieron cartuchos para “chopos cubanos”, cuando enfrentó al Gral. Cipriano Castro en Tovar; sentado en una “silleta”, en la puerta del Tutilimundi, Don Juan Bautista Carrillo Guerra, “Don Juan de Trujillo”, rememora los viejos tiempos del Trujillo “heroico y florido”; entre bucares y yagrumos, Rafael Montilla Petaquero, el “Tigre de Guaitó” y el Gral. José Rafael Gabaldón, diseñan una nueva estrategia para guerrear contra las hordas gomecistas; Mario Briceño Iragorri, Amilcar Fonseca, Rafael María Urrechaga, Mario Briceño Perozo, Domingo Miliani, siguen entregándonos su visión de Trujillo; Fabricio Ojeda, sigue en su empeño de continuar siendo guerrillero; Pompeyo Oliva, Manuel Isidro Molina, Manuel Torres Godoy, Guillermo Montilla, Rafael Ángel Lujano y Artemio Pérez Carmona, siguen golpeando las teclas de sus Underwood, Smith-Corona y Remington, para legarnos sus crónicas periodísticas; Adriano González León, no deja de rememorar, con el mayor dolor, el carácter fenicio con que amallugaron a su adorada Valera; Ramón Palomares, sigue preguntándole a sus pajaritos si no son Polimnia; Salvador Valero, anda tras la huella de Su Mudanza del Encanto; Antonio José Fernández, continua, entre dítamo real y malojillo, contemplando su anillo; Josefa Sulbarán, sigue siendo la Bella Niña de ese lugar; el Poeta Pérez Carmona, continúa esperando a la Paula de sus tormentos; Antonio

Vale, como buen juglar, sigue empeñado en agarrar al ciempiés por la cola y, a sus eternos amigos, para una tarde jugaría, los espera haya en el bar; Jorge Valero, le ha robado tiempo a su exitosa carrera diplomática para andar despertando piedras, zambullido en los misterios de la palabra, conjugando cada verbo que lo aproxime a la comprensión de la santificación de los ángeles, para jugar con los dados del sol. Bolívar vivió, y vive, en todos ellos. Hoy 200 años después de la Campaña Admirable, seguimos pensando en hacer realidad su legado de construir una Venezuela en donde impere la justicia social, totalmente libre y soberana. Cómo no sentirnos orgullosos de haberlo tenido en nuestro terruño.

#### **La Guerra a Muerte: gloriosa "locura" del Quijote Americano**

Pierre Vayssière, en su obra, *Simón Bolívar: El sueño americano*, afirma que el Libertador era un ser para quien, "la guerra justificaba todos los sacrificios. La derrota era solo un contratiempo que difería la victoria final... Su afán casi obsesivo de pelear, de buscar el enfrentamiento, incluso cuando las condiciones para la victoria no parecían estar dadas, explica tanto sus resonantes victorias como sus terribles fracasos. Porque su fuerza guerrera surgía de un sueño, de una intención, de un proyecto: la libertad de América". Cuanta pertinencia tiene recordar la famosa frase de Calusewitz de que, "la guerra es la continuación de la política por otros medios".

Mucho se ha escrito sobre la "guerra a muerte". Ha habido quienes la condenan y quienes la justifican, opiniones que, en algunos casos, han estado pre-

cedidas de juicios de valor moral y, bien es sabido que, éste tipo de juicio muy poco ayuda al análisis de los procesos históricos; por lo que, el Decreto de Guerra a Muerte, promulgado por el Libertador Simón Bolívar el 15 de junio de 1813, no podrá ser entendido si su análisis se hace a partir de este tipo de juicio o consideración.

Es por ello que, la "guerra a muerte" debe ser analizada a partir de una visión ética de lo que fue nuestra conformación de pueblo. Por lo que, analizar la manera cómo se fraguó la formación social colonial venezolana, cómo se estructuraron y funcionaron las instituciones coloniales, el rol de la hacienda de plantación en el modelo de crecimiento hacia afuera basado en la agroexportación, el relacionamiento internacional, son elementos determinantes de lo que el CENDES llamó "proceso dialectico de conformación y crisis, de la formación social venezolana colonial implantada".

Proceso en el cual, el mantuanaje venezolano había logrado hacerse de las mejores y mayor cantidad de tierras; había logrado convertirse en el gran comerciante de importación y exportación, era -en definitiva- poseedor de gran poder económico; constituía una casta social, a la que el pueblo bautizó como los "grandes cacaos", conformaba una élite en el marco de la estructura social de la Venezuela colonial. Para 1813, según dice José Manuel Restrepo, en su obra *Historia de la Revolución*, citado por Liévano Aguirre, en el territorio hoy llamado Venezuela existía una población estimada en unos 898.000 habitantes, de los cuales apenas 200.000 eran blancos (entre peninsulares y criollos); 431.000 pardos libres, 207.000 indígenas y 60.000 esclavos. Sin embargo, no todos los blan-

cos eran mantuanos o poderosos ya que, entre estos, también los había blancos empobrecidos o “blancos de orilla”; lo cual nos permite afirmar que el mantuanaje venezolano constituía una minoría en la sociedad colonial venezolana, dato histórico de significativa importancia para una mejor comprensión del proceso emancipador venezolano, porque, a partir de él es que podrá entenderse el hecho de que las clases menos favorecidas de la sociedad colonial implantada venezolana se sumen a las tropas realistas, sigan a Monteverde y después a Boves, y no al ejército libertador, lo cual -a nuestro parecer-, es factor conformante y determinante de la crisis de la sociedad colonial implantada venezolana, hecho que nos conduce a señalar que estaríamos en presencia de la participación del “Pueblo”, como sujeto histórico, en una confrontación política que se desarrolló en el campo militar. De allí, la definición de los primeros años de la emancipación, como una guerra civil.

Conocido era, en los años posteriores a 1808, que la monarquía española se sostenía sobre bases sumamente débiles, por lo que, en las colonias americanas la idea de la independencia cobraba cada vez mayor fuerza. De las juntas gubernativas leales al rey de España se transitó al establecimiento de gobiernos independentistas. La vieja idea de “viva el rey, muera su mal gobierno”, había sido sustituida por la idea de Libertad. Recuérdese que el Libertador señala en el Manifiesto de Cartagena, como una de las causas de la pérdida de la primera república, “la tolerancia, excesiva e insensata, para con el enemigo”; sobre todo porque éste actuaba de manera inhumana; recuérdese que, desde el mismo momento en que Monteverde

reasume el poder realista, incumple los acuerdos a que se había llegado con la capitulación de Miranda. Se encarcela y confisca los bienes y propiedades a los republicanos, la venganza se convierte en una conducta política cotidiana. Antonio Zuazola, oficial realista, hubo de constituirse en el emblema de la inhumanización de la confrontación político-militar, Bolívar lo considero “un hombre realmente abominable, exhortaba a sus tropas a no dejar con vida a nadie que tuviera más de siete años y era capaz, incluso, de destrozarse los fetos dentro de los vientres de su madres”, como lo refiere el historiador británico John Lynch, en su obra, Simón Bolívar. Con lo cual se desmiente a algunos historiadores que han pretendido presentar a Antonio Nicolás Briceño, como el “padre” de la guerra a muerte, llegándose al extremo de afirmar que el apodo de “el diablo”, le fue colocado por su forma de actuar durante la gesta libertadora, cuando es sabido que el mismo deviene de su adolescencia.

Ahora bien, el Decreto de Guerra a Muerte tiene que ser ubicado en ese contexto, debe ser considerado como una decisión política en función de la estrategia militar trazada para alcanzar la victoria militar que nos condujera a la independencia, a la libertad. No había de otra. Resultaba indispensable para ello convencer a los venezolanos, que formaban parte del ejército de Monteverde, que la defensa de la Patria estaba por encima de cualquier otro interés; se trataba, para decirlo de manera precisa, de fomentar la conciencia nacional, el sentido de pertenencia, la pertinencia y necesidad de la construcción de la Patria, la venezolanidad como principio superior; para lograrlo, había que evitar



el enfrentamiento entre venezolanos, en función de ello, el Decreto de Guerra a Muerte era suficientemente claro al respecto: "... Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables". Bolívar se proponía, con dicho decreto, colocar la guerra de independencia como un conflicto internacional, entre dos naciones, España y Venezuela.

Aunque los resultados de la implementación de la Guerra a Muerte como estrategia político-militar, no hayan sido del todo exitosos ya que en 1814 los sectores realistas retoman el poder, no hay duda que fue determinante para la conformación del Ejército Libertador a nivel nacional; contribuyo, asimismo, a la superación de algunas de las falencias que tenía el mismo. A partir de entonces, puede decirse con propiedad, que el ejército libertador, adquirió plena conciencia de que su objetivo fundamental era lograr la independencia para la construcción de la Patria Venezolana; en función de ello, se abrieron varios frentes de combate a nivel nacional. La Campaña Admirable adquirió otra dimensión. Liberado los andes el tránsito hacia Caracas lucía más expedito, las penurias de hombres, armas, dinero y comida, comenzaban a ser resueltas. La región de los llanos y del centro, con su producción de ganado; la región norte costera, con su producción de cacao, amén de otros rubros, estaban volcadas al comercio exterior; la hacienda de plantación cacaotera, la producción de cueros y los ingenios azucareros, eran agentes dinamizadores de esas economías. Bolívar sabía que ese escenario le

sería favorable, por ello apuro la marcha hacia esas regiones.

Es por ello que, cuando el Decreto de Guerra a Muerte, es considerado una locura más de Bolívar, es porque no logra entenderse que era una "locura" con método, que fue una decisión política tomada en función de hacer realidad el hermoso sueño de la libertad.

### **La Guerra a Muerte en la Campaña Admirable**

Nada fácil habría de resultar el avance de las tropas libertadoras en territorio venezolano. La alianza natural que se había producido entre peninsulares y los sectores empobrecidos de la sociedad colonial implantada venezolana, había permitido que Monteverde conformara un ejército de grandes dimensiones desde el punto de vista numérico, profundamente enraizado en el sentimiento popular, para quien su enemigo inmediato no era el blanco peninsular, sino el mantuano, que era quien lo explotaba y negaba sus derechos como ser humano.

La victoria de La Grita abría nuevos escollos a vencer. Avanzar sobre Mérida y Trujillo, lucía cuesta arriba. Los neogranadinos, Coronel Atanasio Girardot y Capitán Luciano D' Elhuyar, y los generales venezolanos Rafael Urdaneta y José Félix Ribas habrían de ser los comandantes designados por Bolívar para emprender tan difícil misión. Bolívar sabía de la experiencia bélica de su ejército, probada en arriesgadas y cruentas batallas libradas en los campos de la costa oriental del río Magdalena, Cúcuta y La Grita, pero lo perturbaba la inmensa debilidad numérica de la misma en comparación con el ejército de Monteverde.

Necesario se hacía entonces trazar un plan que redujera esa diferencia.

Simón Bolívar, el Brigadier General del Ejército de la Unión, recibido como Libertador a su paso por Mérida, pone a prueba su enorme talento político, su alta capacidad estratégica, su Don de comunicador. Recurre al más profundo de los sentimientos que todo ser humano posee dentro de sí, al sentido de pertenencia al pedazo de tierra que lo vio nacer. Al igual que el Jesús de Nazareno que anduvo en la mar, como lo diría el trovador catalán Joan Manuel Serrat, se dedicó a predicar sobre la importancia de sentirnos americanos, sobre la conciencia americana.

Trujillo, el indomable Trujillo, el portátil Trujillo, el que en su canto Guerrero Timotocuicas pidió a su Madre Chía, a su Madre Icaque y a su Padre Ches alumbrara su cabaña, que no alumbrara el camino al invasor, que afilara los colmillos de las mapanares y aniquilara a los blancos con dolor, que le diera una flecha aguda que matara al invasor, que templara su brazo, que disparara esa flecha sin temor, habría de ser el escenario en el cual el Libertador Simón Bolívar daría rienda suelta a su imaginación de político y militar, a su firme convicción de la supremacía del talento por sobre la fuerza.

Trujillo, en el que el 25 de enero de 1799, se publican los bandos de la Real Audiencia de Caracas en la que se le ponía el precio de 12.000 pesos fuertes a las cabezas de José María España, Juan Bautista Picornell y Manuel Campomanes; el que en mayo del mismo año recibió la información de la sublevación del Subteniente de Milicias de Pardos, Francisco Javier Pírela, en Maracaibo; que recibió la información de la primera

tentativa del Generalísimo Francisco de Miranda, de 1806; que en 1809 recibió a los clérigos Francisco Javier Fuenmayor y Manuel Rada, quienes expusieron las ideas y propósitos de la emancipación; Trujillo, el que asumió como suyos los sucesos registrados en el Cabildo caraqueño el 19 de abril de 1810; el que 11 de junio del mismo año será reconocido por la Junta Suprema de Caracas como Provincia; y que, el 9 de octubre del mismo año, luego de oír al Pbro. Fray Ignacio Álvarez, en el Cabildo de Trujillo, aprobó la instalación de la Junta Patriótica; Trujillo, el heroico Trujillo, que rechazó las pretensiones anexionistas del Zulia; firmante el 5 de julio de 1811 de la Primera Constitución de la República; cuna de Don Cristóbal Mendoza, Primer Presidente del Gobierno Colegiado de la naciente República; Trujillo, el que sancionó su primera Constitución Regional el 2 de septiembre de 1811; el que luego de la pérdida de la Primera República hubo de ser sometido por las fuerzas invasoras del gobierno realista del Zulia; Trujillo, será el escenario escogido por el libertador para diseñar y proclamar los principios fundamentales para la captación e incorporación de los venezolanos al ejército patriota. Ese será el objetivo fundamental del Decreto de Guerra a Muerte, del 15 de junio de 1813.

Con este Decreto Bolívar demostraba, una vez más, que la razón estaba de su lado. La lucha por la independencia iniciaba una nueva fase: la militar, la bélica, la de la guerra, civil y militar, ambas cosas a la vez, y para triunfar era necesario conformar un ejército patriota consciente de cuál era el objetivo perseguido con dicha conflagración bélica; que tuviera conciencia de la importancia de tener patria, de construir la patria, y que

esa patria eran los hombres y mujeres de Venezuela y de América; un ejército, que tuviera consciencia que la dominación colonial era un período demasiado largo; que comprendiera que España había dejado de ser una verdadera metrópoli para convertirse en un "reino" intermedio, que negociaba nuestras riquezas con las nuevas potencias metropolitanas de Europa, lo que llevo a Eduardo Galeano a afirmar en "Las venas abiertas de América Latina", que "España tenía las vacas pero otros bebían la leche". Para los habitantes de la América Mestiza, de Nuestra América, "había llegado la hora de dejar de ser españoles, aunque ello no significaba en absoluto dejar de ser europeos". Es por ello que, algunos "sesudos" historiógrafos se equivocan cuando consideran el decreto de Guerra a Muerte como una locura más de Bolívar. No han entendido, como bien nos lo dice William Ospina, que el que lo estudia "corre el riesgo de sentir que había método en su locura, que hasta en los momentos en que parecía más delirante la decisión que tomaba era la más acertada, dentro de lo posible, y lo más conveniente, no para sí mismo, sino para su país. Y si se medita que aquel país en el que pensaba no existía aún, que aquella gran nación por la que luchaba en realidad no existía aún, doscientos años después, uno justifica el vértigo. Uno a veces termina pensando que Neruda acierta cuando dice que en este mundo Bolívar está en la tierra, en el agua y en el aire, que Bolívar es uno de los nombres del continente".

#### **Niquitao es valor en la Historia**

Si los infortunios familiares se hicieron presente desde muy temprano,

en la vida del Libertador, los políticos y militares no dejaron de acompañarle, en sus breves pero intensos años de guerrero. Cuando creía que el "viento soplaba a su favor", a su llegada a tierra trujillana, el 14 de junio de 1813, en medio de la algarabía de un pueblo que corre presuroso a recibirlo con sus brazos abiertos, para proclamarlo de nuevo como el Libertador y Fundador de la Patria, recibe la infausta noticia de la sentencia de muerte, firmada por Tizcar, en contra de Antonio Nicolás Briceño, "El Diablo", en Barinas.

Seguro estaba el Libertador de que la fortuna le acompañaría a su paso por el territorio trujillano. Tenía plena confianza en la destreza militar del Coronel Atanasio Girardot, a quien encomendó la tarea de emancipar la Provincia de Trujillo, la tarea de derrotar a los ejércitos realistas acantonados en Betijoque, al mando del general Ramón Correa, Jefe Militar de Maracaibo y en Carache, a la orden del comandante realista Manuel Cañas. La victoria de los patriotas comandados por Hermogénes Maza, Antonio José Ricaurte y Francisco Yopez en las batallas de "El Colorado", en Escuque, y de "Ponemesa", en Betijoque, harán huir al Gral. Correa hacia Maracaibo. Mientras que el Coronel Atanasio Girardot, hará lo mismo en Carache y Agua de Obispos, victorias éstas que incitarán al Libertador Simón Bolívar a lanzar su proclama del 22 de junio de 1813, al pueblo de Carache, de Trujillo y de Venezuela toda a seguir en el camino que conduzca a la victoria final: la emancipación de Venezuela del yugo español. La venezolanización del ejército patriota, como hemos dicho, era el objetivo para lograr el triunfo.

¡Sálvese quien pueda! Fue el grito lanzado por Martí, comandante realista

en Niquitao, aquel 2 de julio de 1813, ante el avance de las tropas patriotas comandadas por los generales Rafael Urdaneta y José Félix Ribas. La Batalla de Niquitao fue la más cruenta, la que más vida costó, pero fue, de igual manera, la que logró poner de manifiesto que sería sólo si el ejército patriota se inundaba de pueblo, como lograría obtenerse la victoria final. Por lo que, la empresa de la emancipación sucumbiría si sus líderes no entendían esta realidad. Esa fue la gran lección que la Batalla de Niquitao legó a la Patria. Por eso: Niquitao es valor en la historia.

#### **Niquitao la batalla de las batallas**

Venía victorioso de Táchira y Mérida, no se trata de desmeritar su paso por estas regiones, pero en ambas el enemigo no tenía las dimensiones que tuvo el ejército realista acantonado en Trujillo. Eso lo sabía el Libertador Simón Bolívar, por ello diseñó un plan de ataque conjunto sobre los diferentes frentes realistas existentes en Trujillo. En los predios de Betijoque se encontraba el Coronel Ramón Correa, Jefe Militar de la provincia de Maracaibo, quien después de derrotado en Cúcuta se trasladó a esta ciudad y estaba a la espera de refuerzos militares ofrecidos por el Gobernador de Maracaibo Fernando Miyares; en Carache, el ejército realista tenía su otro frente capitaneado por el español José Martí. Precisas fueron las órdenes dadas al Coronel Atanasio Girardot de dividir su frente en dos columnas, para atacar al ejército realista acantonado en las mencionadas ciudades al mismo tiempo. Derrotado el ejército realista en Betijoque y Carache, Trujillo recobraba su independencia, su autonomía provincial; pero, faltaba una última batalla,

la que podríamos llamar la batalla de las batallas libradas en suelo trujillano. Niquitao, el 2 de julio del mismo año 13, a los pies de la Teta de Niquitao, la más alta de las montañas de nuestro relieve, desde sus alturas nos dejó ver el ancho horizonte de la Patria, nos legó una página en la historia venezolana, arduo fue el combate, José Félix Ribas, Rafael Urdaneta y Vicente Capo Elías fueron los jefes militares patriotas encargados de derrotar al ejército realista, comandado por Martí.

El Colorado, Ponemesa, Agua de Obispos y Niquitao fueron cuatro batallas de un mismo plan, de un mismo objetivo, liberar Trujillo para poder continuar hacia el centro. Allí está el legado trujillano a la Historia de la Patria, fuimos -no solo- el punto de partida de la nueva estrategia militar bolivariana, sino la cuna del nacimiento de una nueva visión político-militar del Libertador de concebir la emancipación.

#### **El otro Bolívar**

No hay lugar a duda: Bolívar era otro, en su actuación política y militar. Las insuficiencias que el periodista José María Blanco y Crespo, mejor conocido como Blanco White, encontrara en la Constitución de 1811, y sobre la cual dijo: "No veo por cierto, en estos papeles aquel seso y madurez que admiré en los primeros pasos del Gobierno de Venezuela. Mientras más examino los que tengo a la vista, más señales encuentro de aquella agitación, de aquel hervor, que son indicios claros de que es una fracción la que habla, en vez de todo un pueblo". Ello lo entendió Bolívar claramente ya que, en dicha Constitución, se privilegia el "filosofismo" y el

“jacobinismo” venezolano, por sobre la realidad que se vivía y el tipo de nación que se quería edificar. No otra cosa quiso decir el Libertador cuando en el Manifiesto de Cartagena, señaló: “Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de cosas, el orden social se sintió exageradamente conmovido, y desde luego corrió el Estado a pasos agigantados a una disolución universal, que bien pronto se vio realizada”. Allí, y no en la pérdida de Puerto Cabello o en la Capitulación de Miranda, es donde podemos encontrar las razones que explican la pérdida de la Primera República; errores que el Libertador busco impedir se repitieran, por ello, la conformación de un verdadero Ejército Libertador, los principios políticos expuestos en el Manifiesto de Cartagena, en el Decreto de Guerra a Muerte y en la Proclama de Carache, constituyen los fundamentos tácticos y estratégicos fundamentales para el éxito de la Campaña Admirable. La preparación y ejecución de la Batalla de Niquitao fue, en ese sentido, la que puso de manifiesto la necesidad de inundar de pueblo el Ejército Libertador, cuya función fundamental sería detener a cualquier costo los avances realistas; pero fue, asimismo, a partir de Niquitao que se comenzó a entender la necesidad de superar el “filosofismo” y el “jacobinismo”, como fuente del pensamiento emancipador, por lo que, avanzar en el conocimiento de la Venezuela que se tenía para poder diseñar la Venezuela que se quería construir, constituyó uno de los mayores logros de la Campaña Admirable durante su paso por Trujillo. Por eso, “De Trujillo es tan alta la Gloria,

de Trujillo es tan alto el Honor”. Por eso, de Cúcuta a Niquitao estaba La Mancha del Quijote Americano. Bolívar sigue vivo, su pensamiento y su espada aun caminan por los pueblos de América Latina, para su emancipación definitiva.

### Referencias bibliográficas

- Simón Bolívar: Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño.
- Indalecio Liévano Aguirre (1988): Bolívar. Ediciones de la Presidencia de la República, Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- Edward Carr (1978): ¿Qué es la Historia? Edit. Seix Barral S.A., 8va edic. Barcelona-España.
- Pierre Vilar (1981): Iniciación al análisis del vocabulario histórico. 3era. Edic. Edit. Critica. Barcelona-España.
- Michel Foucault (1997): Las Palabras y las Cosas: Una Arqueología de las Ciencias Humanas. Siglo XXI de España Editores, S.A.
- Miguel Acosta Saignes (1997): Bolívar: acción y utopía del hombre de las dificultades. Ediciones de la Biblioteca de la UCV, 3ª reedición. Caracas.
- Kaldone Nweihed (1999): Bolívar y el Tercer Mundo. Ediciones del Rectorado de la ULA. 2ª edición. Mérida-Venezuela.
- Elías Pino Iturrieta (2012): El Manifiesto de Cartagena, anuncio de una transformación radical de la independencia. En El Desafío de la Historia. Año 6, N° 41. Caracas.
- Mario Briceño Perozo (1978): Don Juan de Trujillo. Edit. Arte. Caracas.
- Miguel de Unamuno (2002): Don Quijote y Bolívar (1907). En Americanidad. Biblioteca Ayacucho. Col. “La expresión americana”. N° 24. Caracas.
- José Ramón Medina (1983): Bolívar es América. En Bolívar. Biblioteca Ayacucho. Caracas.

- Gabriela Mistral (1994): Escritos políticos (Sel., Pról. y notas: J. Quezada), F.C.E., Santiago de Chile.
- José Martí (1975): Discurso en Honor de Simón Bolívar. En Obras Completas. T. 8. Edit. De Ciencias Sociales. La Habana.
- Mario Briceño Iragorry (1942-1988): El Caballo de Ledesma. En Mensaje sin destino y otros ensayos. Biblioteca Ayacucho, N° 126. Caracas.
- Pierre Vayssière (2008): Simón Bolívar: El sueño americano. Edit. El Ateneo. Buenos Aires-Argentina.
- John Lynch (2006): Simón Bolívar. Edit. Critica. España.
- Eduardo Galeano (2000): La venas abiertas de América Latina. Siglo XXI. 16 edic. España.
- William Ospina (2010): En busca de Bolívar. Edit. Norma. Bogotá- Colombia.